

Barros Arana, americanista

DIEGO Barros es generalmente conocido por su *Historia General de Chile*, la obra cumbre en su carrera de historiador; pocas personas lo conocen en nuestro días como historiador de América, y esas pocas difícilmente pueden imaginarse la importancia, la variedad de materias y el acierto con que el ilustre historiador se ocupó de la historia americana. Este breve artículo está destinado a destacar objetivamente el camino que siguió en sus aficiones americanistas, los frutos que alcanzó y lo que de todo ello ha quedado definitivamente incorporado a la historiografía americana.

Los primeros años. Lector infatigable desde su primera juventud, rebasó pronto las fronteras de los textos y manuales incompletos que se usaban en la época, como el *Manual de Historia de Chile*, de Vicente Fidel López y cayó lleno de curiosidad en la literatura histórica de post-independencia, que se mezclaba aún con las más importantes obras sobrevivientes del siglo de las luces y con el brote de la historia positivista liberal. A los 13 años, por ejemplo, leía el *Compendio* del abate Molina, las *Memorias* del general Miller, la obra por entonces novedosa de Torrente y las primeras entregas de la *Historia física y política de Chile*, de Claudio Gay, que por esos años llegaba a Chile.

Su padre encauzó bien las ansias precoces del adolescente y le adquirió cuanto libro podía alcanzar en el comercio todavía restringido de la época. Una valiosa adquisición fué la biblioteca que dejara don Miguel de la Barra, que contaba con una buena colección histórica americana, junto a las novedades de los primeros trabajos censales de carácter científico que se hacían en algunos países¹.

Pronto el joven Barros dominó el francés, con lo que tuvo acceso no solamente a la literatura francesa, que leyó y tradujo con soltura, sino también a los libros de viajeros y a las numerosas e interesantes obras que en ese idioma se habían publicado sobre la América tropical y el mundo antillano.

Aunque parezca curioso, no era difícil, para un joven estudioso y activo, encontrar en Santiago de mediados del siglo una abundante cantidad de libros sobre temas americanos. Es cierto que el material era de valor muy dispar, que correspondía, en gran parte, a las necesidades casi periódicas europeas de conocer o redescubrir el extraño continente que recién se lanzaba a la vida independiente. Otras al deseo de algunos gobernantes americanos de atraer la mirada de los capitalistas europeos, para lo cual encargaban escribir libros en que las fábulas y las riquezas de las selvas eran más importantes que la descripción real; pero otros, en cambio, eran intentos serios de algunos clérigos y científicos. Para nosotros ahora, todos esos títulos constituyen fuentes de primera mano, material riquísimo, pero sobre el cual hay que elaborar con redoblada crítica, así lo comprendió pronto Barros Arana, como se desprende de algunos de sus *comentarios y notas* de años después.

Las obras a que nos referimos, junto con las más notables de los últimos decenios del siglo XVIII y primeros del siguiente, pudo conocerlas el joven Diego Barros en la biblioteca de Mariano Egaña, una de las más completas que había existido en Chile y que ahora formaba parte de la Biblioteca Nacional. Allí conoció algunos de los autores que más honda huella le dejarían y cuya influencia se perfila en casi todas las obras que posteriormente escribiera, especialmente allí donde las ideas de conjunto deben ir acompañadas de observaciones prácticas y opiniones de peso.

¹ José Miguel de la Barra, como jefe de la Oficina General de Estadística, había publicado en 1848, *Población de la República de Chile. Censo de 1843*, y en 1850, *Repertorio Nacional, formado por la Oficina General de Estadística*.

En filosofía estaban representadas casi todas las escuelas de moda a fines del siglo XVIII y principios del siguiente, especialmente el empirismo de Bacon, Hobbes y Locke, el sensualismo de Condillac y la escuela llamada de la reacción, que encabezó Leibnitz; a ellas habría que agregar las de carácter social de Adams Smith, Malthus, Burke y otros².

La visión histórica y geográfica de América, aparecía en las primeras ediciones de una multitud de obras ahora muy escasas. Enumeraremos algunas, sin hacer distinción entre fuentes y obras contemporáneas: las *Colecciones* dirigidas por Barcia, Ternaux Compans y Navarrete; las *Historias* de Herrera y Acosta; las historias generales de Raynal, William Robertson y Juan Bautista Muñoz. Las obras más modernas de José Manuel Quintana, Alejandro de Humboldt, William Prescott y Washington Irving.

En la parte puramente geográfica se destacaban, el *Diccionario* de Alcedo, las obras de Humboldt, que tanto admirara Diego Barros toda su vida, el *Teatro Americano* de Villa-Señor, y otras de carácter universal como las de Lapie, conde de Las Casas, Malte-Brun, etc.³. La colección de viajeros era bastante completa, destacándose entre otros los de Anson, Brackenridge, Byron, Coldcleugh, Campbell, La Condamine, Cook, Depons, Graham, Jorge Juan y Antonio Ulloa, Miers, Nodales, Pitou, Tomás Reid, Schmidtmeier y Stevenson. Los de Beulloch y de Ward dedicados a México, el de Henry Kaster al Brasil, el de Nollien a Colombia y los libros del barón de Theis, a Chile, Brasil, México y Perú. Entre las fuentes documentales particulares para algunas regiones de América, el material tampoco era escaso, por ejemplo, para el Perú las *Crónicas* de Zárate, Cieza de León y Garcilaso; para México las de Bernal Díaz del Castillo, Clavijero, Solís y Salazar; para el Río de la Plata los 5 primeros volúmenes de la *Colección* de Pedro de Angelis, la obra de Charlevoix, y otras.

² Los datos bibliográficos de la biblioteca de don Mariano Egaña, están sacados del *Catálogo alfabético y por materias de las obras que contiene la Biblioteca Nacional Egaña de Santiago de Chile. Santiago, Impta. de la Sociedad, 1860*.

³ Bajo este aspecto la biblioteca de Egaña contaba con las obras fundamentales de Humboldt, como *Ensayo político sobre la Nueva España, París, 1827. Ensayo político sobre la isla de Cuba, París, 1827. Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique. París, 1816*.

Los primeros ensayos aparecidos sobre la independencia americana, de tono polémico y no exentos muchas veces de intenciones políticas, habían sido una novedad en los años en que don Mariano Egaña juntó su biblioteca. Barros Arana pudo conocer las primeras versiones de la revolución, Restrepo para Colombia, Róbinson para la actuación del general Francisco de Mina en México, la tesis general y punto de vista español de Mariano Torrente; y en un plano general los curiosos libros de Sétier, *Résumé de l'histoire de révolution...*, y *Essais historique sur la révolution du Paraguay*, de Rengger et Longchamps, que centra gran parte de su interés en el doctor Francia. Existían también las dos primeras tesis sobre el movimiento bolivariano, expresadas en las *Memoirs* del general Miller (Londres, 1829) y del general Morriño (Londres, 1826).

Con la polémica aún latente de la historia de la revolución entroncaban otros ensayos que habían revisado desde diferentes ángulos, intenciones y métodos, la gestión española de la colonia. A las obras mencionadas habría que agregar otras de menos peso, pero que en todo caso mostraban distintas facetas del problema histórico y podían aguzar el sentido crítico de las nuevas generaciones. Nos referimos a algunas como las *Cartas sobre las manifestaciones históricas y políticas de la revolución americana*, de Justo Figuerola⁴, *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias*, del abate Nuix, y *Recherches philosophiques sur les américains, avec une dissertation sur l'Amérique et les américains*, de Dom Pernety.

Nos hemos detenido en este preámbulo para mostrar hasta qué punto podía entrar en la problemática americana un joven como Diego Barros. En efecto, sus primeras lecturas, especialmente de Humboldt, Robertson y Prescott, le causaron tal impresión que toda su visión crítica y sintética de la historia de América, que nos dejara en su *Compendio*, está compenetrada de un profundo respeto y admiración a estos primeros maestros. Después de observar la larga excursión juvenil de Diego Barros por la biblioteca Egaña, nos

⁴ La obra de Figuerola es una refutación a otra aparecida en Buenos Aires, con el título de *Manifestación histórica de la revolución de la América y especialmente de las del Perú y Río de la Plata*, en que se formulaban grandes cargos a los gobiernos y gobernantes de España en América.

explicamos algunas características que, en su vida científica, no le abandonarán jamás: su profundo amor por la historia americana, su frío espíritu crítico y racionalista, a veces un poco excéptico, y ya concretamente en el plano de la historia de América y Chile, nos dice por qué su primer interés fuera sobre la independencia, como que era el tema que palpitaba más vivamente en aquella biblioteca.

Los primeros trabajos. La etapa de formación de Barros Arana como americanista podríamos considerarla desde la aparición de las traducciones del francés al castellano del año 1848 —sus primeros trabajos—, hasta el año 1859, momento en que deja su patria por motivos políticos y se traslada a Argentina para seguir luego viaje a Europa.

En este lapso su interés salta de un tema a otro, sin la agudeza crítica que posteriormente le caracteriza, sus escritos son más bien de tono literario, de cronista y periodista ameno que en el campo de la historia aborda algún tema desconocido para divulgarlo en el mundo lector, pero no para aclararlo históricamente.

Fuera de los trabajos relativos a historia de Chile, que no nos preocupan ahora, podemos anotar como propiamente de interés para la historia de América dos artículos aparecidos en el periódico *La Tribuna* el año 1850, *Tupac Amaru y Noticias biográficas del general don José de San Martín*⁵. Después de un corto intervalo, en el periódico científico-literario *El Museo*, fundado por el propio Diego Barros el 11 de junio de 1853, podemos mencionar, de la sección Biografía Americana, *El Inca Garcilaso de la Vega*, *Un crimen de jugadores (Episodio de la historia de Potosí)*, *el Padre Rodrigo Valdés* y *Necrología del general don Rafael Maroto*. Luego de estos pequeños estudios aparecidos el año de la fundación del periódico, no vuelve a preocuparse de ningún tema específicamente americano hasta 1858, fecha en que publica en *El Correo Literario*, el curioso artículo, *Un juicio de Bolívar sobre Chile*.

El viaje decisivo. Cuando Diego Barros se vió obligado a abandonar su patria, a

principios de 1859, por los inconvenientes políticos que le habían acarreado su temperamento franco y ardoroso, su nombre era, por lo menos, conocido en Argentina y Uruguay y comenzaba a serlo en los círculos históricos de España. *La Historia general de la independencia de Chile*, que empezara a publicar en *El Museo*, el año 1853, mostraba un temprano criterio histórico que entusiasmó al ambiente de la época. No era aún la exposición crítica y profunda que lo destacaría más adelante, pero había en él una formación sólida, bajo la primera influencia de Andrés Bello y su historia *ad narrandum*.

Al salir de Chile no llevaba ningún plan preconcebido de trabajo; sólo el deseo de revisar y coleccionar la mayor cantidad de documentos que se refirieran a América y a Chile en especial, estrechar amistad y cambiar ideas con otros historiadores extranjeros, aprender y dar de sí. Estaba apto para todo y quería hacerlo todo.

En este sentido cabe anotar una larga carta que le escribiera el maestro y literato argentino José María Gutiérrez, en abril de 1859. El infatigable luchador contra la tiranía de Rosas le propone en ella preocuparse de la historia argentina, para lo cual le ha preparado un tema, que está seguro, la gran capacidad del chileno puede llevar a buen fin: "El descubrimiento y población del Río de la Plata, le dice Gutiérrez, es un episodio histórico del mayor interés. Tómelo Ud. en toda su extensión, comenzando por estudiar en posesión misma de la localidad y con el auxilio de los muchos trabajos que la ciencia ha reunido ya, la geografía de esta porción del mundo americano"⁶. La honrosa proposición de Gutiérrez, que más tarde hizo suya Bartolomé Mitre, no podía entusiasmar al joven historiador, que prefería conocer todo lo que fuera posible de América antes que dedicarse a un solo tema, que requeriría consagración exclusiva y tranquilidad.

Inútil sería pormenorizar aquí el itinerario de su viaje y el material que a cada paso iba encontrando; parte de él lo encontraremos en las obras que lo preocupan a su vuelta. Conoció y copió lo que le interesaba en las bibliotecas y archivos, a veces particulares, de Mendoza, Buenos Aires, Montevideo, París, Madrid, Sevilla, Simancas y Lima, recorriendo, además, bi-

⁵ Noticias bibliográficas completas sobre las obras escritas por Diego Barros Arana, pueden encontrarse en Ricardo Donoso, *Barros Arana, educador, historiador y hombre público*; Víctor M. Chiappa, *Bibliografía de don Diego Barros Arana*, y en las obras más conocidas sobre bibliografía chilena de Briceño, Montt, etc.

⁶ Archivo Barros Arana, *A través de una correspondencia*, Don José María Gutiérrez, por Luis Barros Borgoño. Santiago, 1934, p. 142.

bliotecas y librerías en Holanda y Bélgica.

A lo largo de su viaje pudo conocer y trabar sólida amistad con algunos eruditos e historiadores extranjeros, los argentinos Manuel Ricardo Trelles y Bartolomé Mitre, el uruguayo Fernando Lamas, el español Pascual de Gayangos. En París pasó largas veladas con Claudio Gay; en Lima conoció al anciano general Miller, que no solamente lo deslumbró con sus admirables reminiscencias, sino le obsequió algunas piezas históricas que después aprovechó en el *Compendio* y la *Historia general*. Conoció, en fin, a muchos personajes que ya habían pasado a ocupar lugares privilegiados en la historia americana, Francisco Bilbao, Santiago Arcos, el general Santa Cruz, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, etc.

De las personas que trató, la más interesante en su carrera de investigador, por la sólida amistad mantenida durante toda su vida, así como por la continua comunicación de todas sus inquietudes científicas, fué Bartolomé Mitre. Tan apasionado y erudito como Barros, tal vez más severo en sus juicios, Mitre es quizás el mejor exponente de la historiografía romántica americana del siglo pasado. La influencia mutua entre Mitre y Barros es grande, el primero no llegó nunca, sin embargo, a desprenderse de su vehemencia y cariño por ciertos personajes y temas, y el segundo no permitió que sus predilecciones históricas matizaran la narración crítica y fría de los acontecimientos, es por eso que a Diego Barros le falta calor humano, esa amenidad cariñosa que palpita en los escritos de Mitre.

Diego Barros ha estampado en su mejor obra, la *Historia general de Chile*, el testimonio de esta amistad: "Poseedor de una abundante colección de libros y papeles históricos que después ha engrosado considerablemente, Mitre lo puso todo a mi disposición con la más absoluta franqueza, me ayudó con su experiencia en la exploración de los archivos, y me puso en comunicación con cuanta persona podía procurarme algún documento o suministrarme algún dato que pudiera interesarme. Las relaciones que habíamos cultivado en Chile en años anteriores, se convirtieron entonces en la más estrecha amistad, en una verdadera confraternidad literaria que hemos conservado inalterable a pesar del tiempo, de la distancia y de todas las vicisitudes de la vida, comuni-

cándonos nuestros proyectos literarios y nuestros escritos, de cualquiera clase que fueren, y proporcionándonos recíprocamente los libros, los documentos y los mapas que podían interesarnos para nuestros trabajos respectivos"⁷.

De una nutrida correspondencia mantenida entre ambos conocemos algunos detalles de la vida de Diego Barros en Europa, sus intereses y sus proyectos. En una carta fechada en París, en junio de 1860, refiere a Mitre su aventura con el editor Franck, que proyectaba una colección de libros raros sobre América, "yo deberé acordar sólo qué obras deben publicarse y encargarme únicamente de la impresión de algunas, que serán las españolas..."⁸ Había proyectado un primer tomo con el *Purén Indómito*, otro con la autobiografía de Alonso Henríquez de Guzmán, que él había descubierto; un tercer tomo de cartas sobre la conquista del Perú, y otro de cartas y relaciones sobre el descubrimiento y conquista de Río de la Plata, incluyendo algunas piezas de Sebastián Cabot.

Posteriormente, en otra carta de noviembre del mismo año, le anuncia que la colección ha tomado carácter geográfico (viajeros franceses a América) al hacerse cargo de su dirección Mr. D'Avezoc, presidente de la Sociedad de Geografía⁹.

La influencia de este primer viaje será decisiva para la labor científica del historiador. Hay dos aspectos en ella, uno lo expresa él mismo a su amigo Mitre, en la carta antes citada, donde dice: "Estoy persuadido de que no se puede escribir la historia de la conquista o de la dominación española, en ninguna de las parcialidades de América, sin consultar los archivos"¹⁰. El otro es el aspecto más universal, casi europeo, que tuvieron desde ese momento sus intereses históricos relativos a su patria o a América en general. Por último, desde ese momento sus escritos adquieren el tono de erudición científica que no sólo ha hecho inmortal su obra, sino que permite al estudioso de hoy recorrer paso a paso, con una claridad extraordinaria el camino que él siguió en el campo documental de cada tema abordado.

Artículos y conferencias. Inmediatamente después de su llegada, junto con las pu-

⁷ *Historia General de Chile*, T. XVI, p. 360. Citado por Ricardo Donoso, obra dicha.

⁸ *Archivo del General Mitre*, T. XX, p. 10.

⁹ *Id.*, T. XX, p. 15.

¹⁰ *Ibid.*, T. XX, p. 10.

blicaciones de interés para la historia de Chile, inició la redacción de una larga serie de trabajos, que son los más útiles que escribiera referentes a nuestro pasado americano.

El año 1861, Diego Barros inicia la interrumpida actividad de historiador en su patria, con dos conferencias leídas en el *Círculo de Amigos de las Letras*, en Santiago, sobre la *Historia antigua del Perú por Sebastián Lorente*, que poco después publicó en la *Revista del Pacífico* y en los *Anales de la Universidad de Chile*. Dicho artículo fué complementado al año siguiente con otro dedicado al segundo tomo de Lorente, que publicó en los *Anales* con el título de *Historia de la conquista del Perú por don Sebastián Lorente*.

La crítica moderna considera a Lorente como uno de los pioneros de la historia nacional peruana, pero le censura su estilo declamatorio y su poca originalidad, precisamente en la parte de su obra que comentó Diego Barros. Lorente era un español avecindado en el Perú, donde participó en luchas políticas; llegó a ser profesor de la historia del Perú en la Universidad de San Marcos. Fué a la vez querido y atacado por sus tendencias liberales y por las reformas que trató de implantar. La crítica y comentario de Diego Barros a Lorente parece estar afectada de una gran simpatía hacia el español perseguido por razones políticas y por las reformas educacionales, aspecto en el que veía un poco sus propias preocupaciones; llega en su entusiasmo a compararlo con Niebur y Grotefend y a decir que es superior, en la parte de la historia antigua del Perú, a Prescott. Pero en realidad, Lorente no llegó a escapar a la influencia de Garcilaso para el imperio incaico, y a Prescott-Quintana-Robertson, la gran trilogía que dió la pauta en el comienzo de la historiografía contemporánea de América¹¹.

No podríamos anotar las líneas que preceden como una grave falla de Diego Barros en el campo de la crítica histórica; aunque en general se muestra benévolo y hasta blando para juzgar las obras de sus contemporáneos, hecho que le recordara en alguna oportunidad Bartolomé Mitre, no deja tampoco de anotar los defectos esenciales que les encuentra. En el caso de Lorente, a pesar de la simpatía que le ins-

pira, le señala enérgicamente en dos párrafos la falta de notas explicativas y bibliográficas¹².

El mismo año de 1861 publicó en los *Anales* un estudio de extraordinaria importancia, *Los cronistas de Indias*. El trabajo fué reproducido en otras publicaciones de Chile y Argentina, y años después, en 1892, se volvió a editar en los *Anales*, con correcciones y adiciones más o menos substanciales.

A la fecha de su primera impresión, el tema había sido parcial y circunstancialmente abordado por diferentes autores: Barcia, Rivadeneira, Irving, Prescott y Ticknor en la *Historia de la literatura española*, incrementada con las notas de Gayangos. Pero el trabajo de nuestro historiador es el primero de conjunto, sumamente útil en nuestros días. En él se refiere solamente a los cronistas oficiales de Indias, nombrados como funcionarios del Consejo de Indias, por cédula real. Traza en forma breve, pero noticiosa, la biografía de cada uno, sus antecedentes históricos o literarios, la labor que les cupo en sus cargos y da por último un juicio, generalmente justo, del valor histórico de sus obras.

Dentro del plan descrito pudo desarrollar su enorme conocimiento de la historia colonial americana y su capacidad crítica y de síntesis; en lo cual se guió de sus propias experiencias y conocimientos. Cuando se refiere al quinto cronista, por ejemplo, Luis Tribaldos de Toledo, cuya obra encontrara Diego Barros entre los papeles que dejó Juan Bautista Muñoz y que publicara en 1864 en el tomo IV de la *Colección de historiadores de Chile*, pudo hablar con pleno conocimiento de su valor y alcance.

Sólo en los últimos años Rómulo Carbia ha podido agregar algo, y no sustancial, al cuadro completo que nos dejara Diego Barros. Las noticias novedosas que añade Carbia en *La Crónica oficial de las Indias Occidentales: Estudio histórico crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano-América en los siglos XVI a XVIII*, La Plata, 1934, se refieren especialmente al período historiográfico que comienza en 1777, fecha del apareamiento de la *Historia de América* de William Robertson.

¹¹ Lo que aquí se dice sobre Lorente, vale sólo para las obras que Diego Barros comentó; los estudios publicados por Sebastián Lorente desde 1870 en adelante merecen otra crítica.

¹² No queriendo abultar en exceso este pequeño estudio, evitamos reproducir demasiado texto del propio Diego Barros. Las críticas a Lorente por la falta de citas son un ejemplo válido, aún hoy, para muchos autores; pueden leerse en *Obras Completas de Diego Barros Arana*, T. VIII, pp. 95 y 104-105.

Sin duda, los 73 años que median entre los dos estudios, dieron a Carbia mayores posibilidades y perspectivas.

El mismo año leyó otra conferencia en el *Círculo de Amigos de las Letras*, sobre el tema *El descubrimiento del Río de la Plata*, que fué objeto de un artículo en la *Revista del Pacífico* y en la de Buenos Aires. En esta última, poco después, Bartolomé Mitre publicó otro sobre el mismo tema, para discutir y aclarar algunos puntos.

El artículo a que nos referimos aquí no tiene más que la pretensión de esclarecer la prioridad del descubrimiento y la confusión de los primeros viajes que tocaron en la desembocadura del Plata. El último párrafo de él nos hace comprender la intención de muchos de sus escritos: "Hay en historia, como en todas las ciencias, dos clases de trabajos: uno de conjunto y apreciación generales, que despiertan el interés y que leemos con agrado: otro hay que precede al anterior, y que le es indispensable; consiste éste en el estudio prolijo de los detalles más minuciosos, en la confrontación de autoridades y documentos, y en la preparación de los materiales para la verdadera historia. En este artículo he querido hacer esto último con un punto de la historia americana, que se refería de diversas maneras, más o menos equivocadas. Tal vez algún historiador aproveche mis observaciones para desterrar definitivamente los errores que señalo"¹³. Sus deseos se cumplieron pronto, todos los caminos y ramificaciones posibles de aquel estudio prolijo de los detalles, de la preparación de los materiales para la verdadera historia, y aun las observaciones sobre el descubrimiento del Río de la Plata, materia del artículo, fueron acogidos y perpetuados por figuras tan importantes como Roberto Levillier y José Toribio Medina.

El mismo año de 1861, Diego Barros publica en la *Revista del Pacífico*, un extenso comentario de la obra de Valentín Carderera, *Iconografía española*, con variados alcances a la historia americana y al aporte de esta ciencia a la historia. No hemos mencionado aquí algunos estudios como *Francisco Caro de Torres* o la *Introducción al Purén Indómito del capitán don Fernando Alvarez de Toledo*, pues aunque son útiles o indispensables a veces para la historia americana, el autor los

redactó orientados a la historia de Chile, sin buscar incidencia con la problemática de la historia americana.

El año 1862 publicó un artículo intitulado, *Juicio crítico sobre la obra escrita por don Antonio de Alcedo con el título de Diccionario geográfico e histórico de las Indias Occidentales*. Se trata de un trabajo de divulgación, que es original hasta hoy, en que el autor hubo de buscar datos biográficos en diferentes impresos españoles. Podríamos decir que este artículo, junto con otros muchos, como el dedicado a Barcia, que enumeraremos más adelante, es el resultado de las notas que tomó en sus trajines de estudio en Europa.

Vida y viajes de Magallanes. El mismo Diego Barros nos dice en la *Advertencia preliminar de Vida y viajes de Magallanes*, cómo se gestó uno de los mejores libros, que escribiera: "Como aquél célebre viajero fué el primer descubridor del territorio chileno, tuve que estudiar sus exploraciones para darlas a conocer en una historia general de Chile en que trabajo desde muchos años atrás. En la historia de los descubrimientos y conquistas de los españoles y portugueses en el siglo XVI, encontré todo género de noticias; pero quise adelantar mis investigaciones en los documentos y relaciones que permanecen inéditos, y me engolfé en esta tarea durante mi viaje a España en 1859 y 1860... Buscando noticias acerca del descubrimiento de la estremidad meridional del continente americano, había recogido todos los antecedentes necesarios para hacer una biografía de Magallanes tan completa como me lo permitieran mis fuerzas y los documentos que han quedado de aquel célebre viaje. Me era ya materialmente imposible hacer entrar en una historia general de Chile todas las noticias que había recogido. Forzoso me fué entonces emprender otro trabajo de distinto género, un ensayo especial sobre la vida y viajes del famoso descubridor"¹⁴.

La obra es notable por su exactitud, amenidad, aparato crítico y el estilo fresco y sereno con que está escrita. En su tiempo fué bien valorizada y celebrada. José María Gutiérrez escribió sobre ella: "Es la historia más completa que se conoce hasta ahora del descubrimiento del estrecho que une a los dos océanos y de la vi-

¹³ *Obras Completas*, T. VI, p. 181.

¹⁴ *Id.*, T. VI, pp. 189-190.

da de su descubridor”¹⁵. Por su parte, Bartolomé Mitre le dice con entusiasmo, “Mucho he gozado con la lectura de su último libro... Es, sin duda, lo mejor que se ha escrito sobre este célebre viajero, y tal vez lo mejor que ha escrito Ud. sobre historia y geografía, por la armonía del conjunto, el severo gusto literario que ha presidido su composición y la exactitud de las noticias históricas y geográficas que contiene, bebidas en fuentes puras y en documentos poco conocidos o inéditos”¹⁶.

Enorme fué el interés que despertó la vida y obras del primer hombre que dió la vuelta al mundo, desde las primicias editadas por Juan Bautista Ramussio, hasta las páginas maravillosas y vibrantes de Michelet. Sin embargo, hacia la época en que apareció la obra de Barros, según él mismo lo declara, se habían publicado sólo tres trabajos completos y de algún mérito sobre el tema. Estos eran el de Mr. De Rossel, en el tomo XXVI de la *Biographie Universelle*, el de Ferdinand Denis en el tomo XXII de la *Nouvelle Biographie Générale*, y el más completo y serio escrito por Martín Fernández de Navarrete, en el tomo IV de su *Colección*.

La obra comenzó a publicarse en los *Anales de la Universidad de Chile*, el año 86 y continuó en los del año siguiente con gran esfuerzo del autor, que por ese tiempo estaba totalmente absorbido por labores docentes. Al respecto escribía a Mitre en enero de 1864, “En los *Anales de la Universidad* comencé a publicar un trabajo sobre Hernando de Magallanes. Ha quedado inconcluso, porque desde hace un año he sido nombrado rector del Instituto Nacional, lo que me ha tenido constantemente ocupado...”¹⁷. A lo que el historiador argentino aconsejó, a vuelta de correo, “Haga Ud. un esfuerzo y termine cuando menos su trabajo sobre Hernando de Magallanes, pues no será extraño que si deja correr algún tiempo sin concluirlo, le será más difícil volver a él más adelante”¹⁸.

Poco tiempo después, el año 1864, se imprimió una tirada aparte, que fué la

más divulgada. Al correr de los años han aparecido otras ediciones. En 1881 se imprimió en Lisboa, según una traducción de Fernando de Magallanes Villas Boas, en Santiago en el tomo VI de las *Obras completas de Diego Barros Arana*, y en 1945, la Editorial Futuro de Buenos Aires, la incluyó en su colección Eurindia.

El Magallanes de Diego Barros, complementado con el caudal documental incluido por Navarrete en su *Colección*, fué la bibliografía obligada sobre dicho tema hasta el momento de la aparición de los cuatro primeros tomos de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, y de *El descubrimiento del Océano Pacífico*, *Fernando de Magallanes y sus compañeros*, volúmenes que José Toribio Medina dedicara al navegante.

Para terminar el comentario de las obras relativas a América, que Diego Barros escribiera en el año fecundo del 62, mencionaremos dos artículos de circunstancia aparecidos en el *Correo del Domingo*, *La Monarquía en la América antes española*, y *Los anglo-sajones en el Uruguay*.

Las variadas publicaciones referentes a la historia de Chile y las labores pedagógicas a que se dedicaba con pasión, lo mantuvieron alejado del campo americanista hasta el año 1865. La única excepción es un nutrido comentario crítico bibliográfico aparecido en los *Anales* de 1864 bajo el título, *La verdadera Guahani de Colón, por don F. Adolfo de Varnhagen*, en que elogiaba el estudio histórico del mismo nombre que el historiador brasileño, de paso en Chile, había publicado también en los *Anales*.

El Compendio de Historia de América. Mucho se ha usado del *Compendio*, pero poco se ha escrito sobre él. El libro que desentrañó durante más de medio siglo el misterio de la formación de nuestra América casi no ha tenido comentaristas, y es que para las generaciones inmediatamente pasadas y para las actuales de varios países americanos ha sido tan familiar, tan vital, podríamos decir, que no ha necesitado alabanzas. Todavía es recomendable y de hecho se usa, aunque la historiografía americana ha avanzado en una increíble proporción desde 1865, y los puntos de vista, los intereses y las corrientes históricas han cambiado. Una parte de América se va desprendiendo casi con dolor de esta magnífica obra, sintética, sencilla, clara, que lo dijo todo y lo llenó todo durante muchos años.

¹⁵ *A través de una correspondencia*, p. 162. Carta de Gutiérrez a Barros Arana, fechada en Buenos Aires en septiembre de 1865.

¹⁶ *Archivo del General Mitre*, T. XX, p. 30. Carta de B. Mitre a Barros Arana, fechada en Buenos Aires el 7 de septiembre de 1864.

¹⁷ *Id.*, T. XX, p. 20.

¹⁸ *Ibid.*, T. XX, p. 23. Carta de B. Mitre a Barros Arana, fechada en Buenos Aires el 18 de febrero de 1864.

El primero, el fundamental mérito del *Compendio de Historia de América* es su eficacia didáctica; para la enseñanza fué escrito, y así lo dice el autor en la *Introducción*: "El estudio de la historia de América no ha adquirido en nuestros colegios la importancia que parece reclamar. Al paso que se ha dado gran desarrollo a la enseñanza de los otros ramos de historia, la de América ha quedado reducida a nociones muy elementales. Este libro tiene por objeto remediar este mal. Aunque su redacción se resiente de la precipitación con que ha sido escrito, contiene las noticias que conviene comunicar al estudiante, junto con la indicación de los libros que pueden consultarse para ensancharlas. He tratado de exponer esas nociones con toda sencillez y bajo un plan claro y metódico. No sé si habré conseguido mi propósito".

El segundo y muy importante mérito, es que, a pesar de haber sido escrito con el exclusivo fin de servir a la enseñanza, significó un aporte substancial a la historiografía americana, en un momento en que comenzaba a surgir con características propias, cuando las monografías y obras parciales casi no existían, las colecciones documentales eran escasas, y en buenas cuentas el historiador debía hacerlo todo. A este segundo mérito quiero referirme en forma especial y sumaria.

Desde el punto de vista filosófico es difícil concretar los móviles e influencias del autor, así como lo es en casi todos los primeros historiadores de América hispana, pues concurre la circunstancia de que se criaron y formaron intelectualmente en un ambiente hostil a España, cuestión que proyectada sobre el campo histórico influyó necesariamente en sus predilecciones y orientaciones. En el caso del Perú y Chile esta particularidad se agravó con el conflicto de 1865 con España.

Creemos que a estos hechos obedecen una buena parte de la gran extensión que Diego Barros dió en el *Compendio* al tratamiento de la independencia y algunos juicios con que matiza aquí y allá su obra. Por ejemplo, al referir la prisión de Juan Tupac Amaru, hermano del cabecilla indígena, termina indignado, diciendo, "... este pobre indio sufrió treinta y nueve años de prisión sin haber cometido delito alguno"¹⁹.

La tendencia antiespañola, que hemos anotado, no es tan fuerte como se ha creído, de tal modo que no llega a afectar el cuadro histórico, sino que se manifiesta en matices como los señalados. Diego Barros logra ser imparcial, lo que no le impide señalar a aquellos que han tomado el partido contrario; al respecto es elocuente la crítica que hace a Lucas Alaman al comentar su *Historia de la revolución de México*, donde escribe, "La obra de Alaman, que por la prolijidad de la investigación y por la claridad de su método, puede considerarse un verdadero monumento histórico, se resiente, sin embargo, de un grave defecto. El autor no ha podido disimularse sus simpatías por la causa española"²⁰.

Creemos ver en el *Compendio* tres influencias diferentes, que no corresponden a tres doctrinas filosóficas, sino a tres conglomerados de ideas que operan en diferentes sentidos y por diferentes medios, caracterizando la idea de historia en toda la obra o en momentos distintos. Tales influencias son, por orden de importancia: a) una concepción positiva de la historia, podríamos decir, romántica y liberal; b) una notable influencia de la crítica y concepción que dió Humboldt a la evolución humana a través del *Cosmos*, que es al fin quien aparece ejerciendo una influencia más directa sobre Diego Barros, y c) el lugar destacado que ocupa William Robertson. Veamos por separado cada uno de los puntos.

A. Diego Barros, como casi todos los historiadores liberales del siglo pasado, fué positivista; su línea ideológica lo llevó desde el empirismo racionalista hasta formas más circunscritas y depuradas, que, a la altura de su vida en que escribía la obra que comentamos, se había concentrado en la idea de libertad y en el ideal de la ley del progreso, que desafiaba el porvenir histórico. A través de este último aspecto se infiltra un sentimiento romántico de la historia, al estilo de Michelet y Lamartine, autores que, por lo demás, había leído y admirado con fruición.

Bajo tal influjo, para Diego Barros como para Miguel Luis Amunátegui y otros, el período de los descubrimientos, el de la conquista y el de la independencia son las etapas preferidas, mediando entre las dos primeras y la última, todo un lapso de oscurantismo colonial. La organización estatal aniquiló las fuerzas individuales, la

¹⁹ *Compendio de historia de América*, T. II, p. 397, cita 1.

²⁰ Id., T. II, p. 167, cita 2.

organización administrativa destruyó la energía de la conquista y detuvo la libre concurrencia de las ideas y de las acciones. La independencia fué el brote necesario, un esfuerzo inmenso, una extraversion de la energía de la conquista que, unida ahora a la de los pueblos antiguamente sometidos, llegó a rebalsar el propio marco, que se proponía destruir. Desde luego, entonces, la anarquía que siguió a la revolución y que se alcanza a insinuar en el *Compendio*, es perfectamente comprensible y hasta deseable²¹.

Por otra parte, su visión romántica de la historia lo lleva a menudo a preferir las situaciones dramáticas, singulares y a desdenar un poco aquellos capítulos que no presentan algún interés de este tipo. El mismo lo declara al final del tomo primero, en que se refiere al desarrollo de las primeras colonias establecidas en la costa atlántica de Norte América, "La historia de estas diversas colonias presenta poco interés dramático, pero ofrece cierta importancia bajo el punto de vista del desarrollo de su industria y de sus instituciones"²².

No es, pues, de ningún modo fortuito que de un total de 928 páginas de texto, con que cuentan los dos volúmenes del *Compendio*, haya sólo 145 dedicadas a la América precolombina y a la vida colonial, y todo el resto a los otros períodos en que trata los descubrimientos, la conquista, la independencia y las formaciones nacionales como una prolongación de la dinámica de la revolución.

B. Si las influencias a que nos acabamos de referir son difícilmente rastreables, la importancia del pensamiento y de las obras de Alejandro de Humboldt son claras e incontrarrestables. A través de él, Diego Barros se aproxima, sin saberlo, a la filosofía de la humanidad, con la tonalidad que supo darle Humboldt, especialmente en la profundización de las *apreciaciones concretas* o hechos singulares, y en la presencia del sentimiento de *naturaleza* del sabio alemán.

La vivencia de la obra y del pensamiento de Humboldt en el *Compendio* se hace más nutrida cuando del panorama pu-

ramente ideológico se pasa al plano técnico de la investigación. En efecto, el barón de Humboldt es para la historiografía americana la primera revisión crítica, generalmente discordante con la historiografía ilustrada del siglo XVIII, y el primer paso al movimiento hipercrítico de Harriese y otros. Junto con Prescott renueva totalmente la visión americana, casi con las mismas fuentes de sus antecesores. Tal movimiento crítico fué captado plenamente en toda América. En el caso de Diego Barros sirvió como un contrapeso a sus sentimientos antiespañoles; el aparato crítico, ya lo hemos visto, es por lo demás, una de las características fundamentales en toda la obra, en el *Compendio* llega a tal equilibrio que es posible saber con diáfana claridad las fuentes empleadas en cada párrafo y capítulo.

C. William Robertson es otra de las influencias manifiestas, no sólo en el *Compendio*, sino de la obra en general de Barros Arana referente a América. Su presencia es tan nítida como la de Humboldt o de Prescott, resalta aquí y allá entremezclada en lo que se refiere a la crítica de la gestión colonizadora de España. Son diferentes las ideas y tendencias de Robertson y de Diego Barros, la formación y orientación filosófica de ambos lo era, pero en cuanto enfocan críticamente la administración española, después de un largo trabajo de documentos de primera mano, son comparables y aun a veces acordes. Por otra parte, don Diego conoció bien la obra de Robertson y la admiró sinceramente toda su vida. Miradas en conjunto, el *Compendio* y la *Historia de América* tienen casi el mismo plan. No es una coincidencia, el cuadro americano presentado por el autor, la *Historia del reinado del emperador Carlos V*, y de la *Historia de Escocia*, se grabó fuertemente en Diego Barros desde su juventud, y en el momento de la apresurada redacción del *Compendio* surgió con todo su poder sugestivo.

Las citas de Robertson en el *Compendio* son variadas. En la pág. 325 se refiere a él llamándolo *sabio historiador*, al recordar su conocido juicio sobre el requerimiento de Palacios Rubio, "La historia del género humano no ofrece cosa más singular ni más extravagante que la fórmula que ellos imaginaron para llenar este objeto"²³. Más adelante lo menciona agre-

²¹ Las ideas aquí vertidas sobre el coloniaje y los otros períodos están magníficamente expresadas por uno de sus propios sostenedores, Miguel Luis Amunátegui, en la *Introducción de su Descubrimiento y Conquista de Chile*.

²² *Compendio de historia de América*, T. I, p. 399, cita 10.

²³ *Compendio de historia de América*, T. I, p. 158.

gando, "generalmente muy bien informado en los sucesos que refiere en su excelente *Historia de América...*"²⁴. En el tomo segundo, al tratar la administración española, le muestra su confianza escribiendo, "El lector puede formarse una idea más o menos completa leyendo el libro VII de la excelente *Historia de América* de Robertson"²⁵.

La influencia de Robertson es tanto más notable si se piensa que Diego Barros desconfiaba de todos los historiadores europeos que habían escrito sobre América. La excepción la forman algunos españoles, y Helps, Buckle, Humboldt, Robertson y Gervinus, que en su *Histoire du XIX siècle*, enfocó con acierto algunos capítulos de la revolución de la independencia. Al respecto y a propósito de las campañas de Bolívar, Diego Barros dice, "...pero he tenido constantemente a la vista el interesante capítulo que ha destinado Gervinus a las campañas de Bolívar que dieron por resultado la formación de la República de Colombia. Esta parte de la obra del ilustre historiador alemán, aunque escrita sin conocimiento de la prolija historia de Restrepo, cuya segunda edición forma la obra más minuciosa y completa sobre la historia de la revolución de Colombia, tiene en la relación de los hechos y en las apreciaciones, un fondo de verdad que es muy raro hallar en las obras escritas en Europa, en que se trata de algo relativo a la América española. No sería difícil agrupar aquí algunos de los numerosos errores que se encuentran en los libros ingleses y franceses en que se habla de estos sucesos"²⁶. Se refería sin duda a algunas como la de Lallemand, *Histoire de la Colombia*, que fueron escritas casi con el único objeto de obtener éxitos periodísticos a costa de la independencia americana, que en Europa permaneció mucho tiempo de actualidad, como lo habían estado a comienzos del siglo XVI las descripciones de Indias.

Hacia el año 1865, fecha del apareamiento del *Compendio de Historia de América*, existían muy pocas historias generales de América, y éstas, por lo demás, eran poco conocidas. Desentendiéndonos de las obras aparecidas durante los siglos XVI y XVII, y principios del si-

guiente, podemos mencionar algunas aparecidas bajo la impronta de la Ilustración, o del movimiento de divulgación que siguió a la expulsión de los jesuitas en América. Los primeros intentos de encerrar en un todo más coherente, moderno y racional los hechos acaecidos en América desde su descubrimiento, y aun antes, quedaron trancos o incompletos. Así tenemos, por ejemplo, el ensayo de Lorenzo Boturino Benaducci, *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*, cuyo primer y único volumen aparecido en Madrid, 1746, se refiere únicamente a los pueblos primitivos de México. Otro intento que sólo quedó en un primer volumen fue el de Richard Rolt, *A new and accurate history of South America*. London, 1756. Un año después, también en Londres, un autor anónimo publicó *An account of the european settlements in America*. 2 vols., que tiene sólo algunos capítulos dedicados a la América Hispana y cuya redacción fue por mucho tiempo atribuida a Edmundo Burke. Por fin, entre los años 1768 y 1770, Antoine Tournon publicó en París su *Histoire general de l'Amérique depuis sa decouverte*. 14 vols. Por orden cronológico sigue la gran obra de William Robertson, *The history of America*. London, 1777, 2 vols. Con el mismo nombre y en el mismo año y lugar apareció el primer volumen de William Russell, esperando hasta el año siguiente el segundo volumen. Juan Bautista Muñoz alcanzó a dar a la imprenta el año 1793, el primer tomo de su magnífica *Historia del Nuevo Mundo*, quedando trunco el proyecto por la muerte del historiador.

Los trabajos como el *Analyse de l'histoire philosophique et politique des établissements et des commerces des européens dans les deux Indes*, por Thomas François Raynal, los de José Gutiérrez de Rubalcava, Rafael Antúnez, y muchos otros, escapan a la designación propia de Historias Generales al detenerse de preferencia o exclusivamente en algún aspecto, comercio, sociedad, religión, etc.

La primera mitad del siglo XIX no fue muy pródiga en historias generales, la atención de los historiadores se posó de preferencia en la descripción de las turbulencias políticas de la revolución y el caudillismo, en las descripciones geopolíticas de las nuevas repúblicas y en la publicación de las primeras *Colecciones documentales*, aprovechando el material

²⁴ Id., T. I, p. 325, cita 21.

²⁵ Ibid., T. II, p. 46, cita 10.

²⁶ Id., Ibid., T. II, p. 393, cita 8.

hallado más a la mano. Hay que mencionar, sin embargo, antes de la publicación del *Compendio*, el aparecimiento de la *Storia dell'America*, por Giuseppe Compagnoni y Conde di Segur. 29 tomos impresos en Milán en 1820. Entre los años 1823 y 1837, Feliciano Montenegro Colón publicó en Caracas los 4 volúmenes de su *Geografía General*, que, a pesar de su título es más útil a la historia que a la geografía. Por último, mientras Diego Barros escribía y publicaba la obra que comentamos, Gil Gelpi y Ferro dió a las prensas en La Habana, entre 1864 y 1866, los tomos de sus *Estudios sobre América*²⁷.

Entre las obras que escapan a la designación de historias generales, pero que abarcan temas extensos y largos períodos cronológicos, las más importantes, no sólo por su valor intrínseco, sino por la divulgación que alcanzaron entre los historiadores hispanoamericanos de esa época, son las de Arthur Helps, *The conquerors of the New World and their bondsmen; being a narrative of the principal events which led to negro slavery in the West Indies and America*. London, 1848, 2 vols. y *The Spanish conquest in America and its relation to the history of slavery and to the government of colonies*. London, 1855-61, 4 vols.

El *Compendio de Historia de América* se divide en cuatro partes, las dos primeras contenidas en el tomo primero y las otras dos en el segundo. La parte primera intitulada *América indígena*, está dividida en cuatro capítulos, que encierran un panorama más o menos completo de los primeros habitantes de América y dentro del cual se le da mayor extensión a las antigüedades de México y Perú. Barros Arana no fué nunca muy amante de la América precolombina, por eso esta primera parte es un poco desganada, a excepción de las páginas en que describe la organización de los grandes imperios y el grado de civilización a que habían llegado. Pero no se crea que por esto la investigación previa se resiente, Diego Barros se basó en las obras más nuevas y más serias sobre la historia precolombina, en una época en que casi no existían y en que la arqueología y lingüística americana recién ensayaba sus primeros pasos.

²⁷ Más noticias sobre estos temas pueden encontrarse en A. Curtis Wilgus, *Colonial Hispanic America*, Washington, 1936.

La primera parte a que nos referimos está escrita fundamentalmente a partir de las obras siguientes, según la frecuencia de su empleo: Humboldt, *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. Étienne Charles Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale, durant les siècles antérieurs a...* Colomb. Popol Vuh, *le livre sacré de l'antiquité américaine*, y otros libros publicados por este mismo erudito en la *Colection de documents dans les langues indigènes pour servir à l'étude de l'histoire... de l'Amérique ancienne*, Paris, 1861-1868, 4 vols. Alcide D'Orbigny, *L'homme américain de l'Amérique meridionale*. William Prescott, *Historia de la conquista de México*. *Historia de la Conquista del Perú*. William Robertson, *Historia de América*. Sebastián Lorente, *Historia Antigua del Perú*. Francisco Adolfo Varnhagen, *Historia geral do Brasil*. Francisco J. Clavijero, *Historia Antigua de México*. Ocupó también ocasionalmente algunas crónicas y obras coloniales como las de Torquemada, Garcilaso de la Vega, Vargas Machuca, Acosta y Piedrahita, incluyendo incluso algunas noticias sacadas de documentos publicados por Juan Bautista Ramussio en su *Navigazione et viaggi*²⁸.

No es de ninguna manera extraño que Diego Barros haya ocupado fuentes de primera mano en la redacción de esta parte de su *Compendio*; por una parte, ya lo hemos dicho, los diversos temas de la historia americana se encontraban casi vírgenes de un tratamiento histórico moderno, y por otra, que es muy importante, existiese o no una obra seria y clara sobre algún tema, Diego Barros prefería la confrontación constante con las fuentes contemporáneas y más autorizadas. En aquella pasión del historiador que busca los testimonios más frescos y más imparciales encontraba, su mayor placer. Tenemos así que del total de libros consultados por él para redactar su trabajo, casi exactamente la mitad son fuentes contemporáneas a los hechos que relata, siendo este

²⁸ En estos comentarios no se pretende enumerar todas las obras ocupadas por Diego Barros en la redacción de cada tema del *Compendio*, mencionamos solamente las de más frecuente uso. Lo que se escribe sobre el empleo, frecuencia y repartición de las diversas fuentes resultó, de un atento estudio de cada párrafo del *Compendio*, junto con la comprobación de cada una de las notas con que Barros Arana ilustró profusamente su libro.

carácter más nítido en las partes segunda y tercera, correspondientes a los descubrimientos, conquista y colonia.

La parte segunda, que ocupa casi todo el tomo I, está dedicada al descubrimiento y conquista. Los historiadores contemporáneos más importantes en la construcción de los dos largos temas son, por orden de frecuencia de su empleo: Humboldt, *Cosmos. Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent*. Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón. Los compañeros de Colón*. William Prescott, *Historia de los Reyes Católicos*, y obras citadas. William Robertson, obra citada. Francisco Adolfo Varnhagen, obra citada y *La verdadera Guanahani de Colón*. Sebastián Lorente, *Historia de la conquista del Perú. Historia del Perú bajo la dinastía austriaca*. José Manuel Quintana, *Vidas de los españoles célebres*, en especial los apéndices documentales que contiene cada biografía. Juan Bautista Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*. Félix de Azara, obra citada. George Bancroft, *History of the United States, from the discovery of the american continent to the present time*. F. X. Garneau, *Histoire du Canada depuis sa découverte jusqu'à nos jours*.

En el aspecto documental de fuentes impresas podemos decir que empleó todas las *Colecciones* aparecidas hasta entonces, que le podían ser de alguna utilidad, con la única excepción del primer tomo de la *Colección de Documentos para la historia de México*, de Joaquín García Icazbalceta, que comenzó a aparecer en 1558 y que Diego Barros pareció desconocer en esos momentos. Enumeradas sumariamente estas colecciones son las siguientes: *Colección de viajes y descubrimientos...* de Martín Fernández de Navarrete. *Coleção de noticias para a historia e geografia das nações ultramarinas*. *La Colección* ya citada de Brasseur de Bourbourg. *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique*, por Henri Ternaux-Compans. Algunos volúmenes de la *Colección de documentos para la historia de España*. Los documentos publicados por J. B. Ramussio. *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, por Pedro de Angelis. *Colección de documentos para la historia de la Florida*, por Buckingham Smith. Con mucha frecuencia empleó las

compilaciones de Andrés González Barcia, *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales* y la *Historia de la conquista del Nuevo Mundo*; también, en igual forma, los *Historiadores primitivos de Indias*, recopilados por Enrique Vedia en la *Biblioteca de Autores Españoles*, que no son otra cosa que algunos de los que compiló González Barcia.

A estas colecciones habría que agregar otras piezas publicadas en revistas y boletines, como la *Revista do Instituto Historico e Geografico do Brazil*, o en el *Registro estadístico de Buenos Aires*, que dirigía Manuel Ricardo Trelles. Muchos de los libros contemporáneos que consultara incluían apéndices documentales, que le fueron de mucho provecho, entre ellos las ya citadas de F. A. Varnhagen, Prescott, la *Historia de Nueva España*, del obispo Francisco Antonio Lorenzana, etc. No fueron pocos, aún, los que él mismo había hecho copiar en los archivos europeos, referentes a Perú, Argentina y Chile; de las crónicas inéditas que ocupó en el *Compendio* cabe destacar las de fray Gaspar de Carbajal y la de Alonso Henríquez de Guzmán.

Algunas crónicas y relaciones, publicadas en la colonia, que no estaban comprendidas en las *Colecciones* antes citadas, y a veces, aunque lo estuvieran, fueron consultadas en sus primeras ediciones. Así ocurrió con las de Fernando Colón, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, Bartolomé de las Casas, Andrés Bernaldes, Martín Fernández de Enciso, Félix de Azara, José de Acosta, Francisco Javier Clavijero, fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita, y muchos otros.

La parte tercera del *Compendio*, en el tomo segundo, está dedicada a la Colonia, en sus aspectos político, administrativo, económico y social. Por las razones antes expresadas es, a nuestro juicio, la parte más débil de su historia; la falta de algunos trabajos especializados sobre estas materias se hace sentir aquí enormemente, ya que Diego Barros no estaba tan dispuesto a hacer una acuciosa investigación personal en fuentes directas, como la había efectuado para los temas precedentes y antecedentes. De todos modos dió Diego Barros un cuadro general, aunque incompleto, de la administración española en Indias, el modo en que lo realizó es un ejemplo del empleo del material his-

toriográfico de su época en el trazado de un cuadro general americano.

Para dar un panorama más o menos completo de la administración española en América, especialmente en el siglo XVIII, agregó Diego Barros a la bibliografía ya mencionada para las partes anteriores, cuatro diferentes clases de materiales, a saber: a) las primeras historias nacionales de algunos países americanos; b) el testimonio de los viajeros de fines del siglo; c) tratados de orden jurídico colonial; d) descripciones, ensayos y guías de forasteros.

A. Habiendo transcurrido ya medio siglo de la independencia comenzaron a aparecer en América las primeras historias generales de cada nación, en un sentido moderno y más o menos científico, algunas de ellas son todavía piezas fundamentales en la bibliografía americana, además de trabajos literarios de primer orden. Muchas detienen su narración al finalizar el proceso de la independencia, con las primeras constituciones republicanas y todas dedican largos capítulos y hasta apéndices documentales al estado administrativo, social y económico del territorio a que se refieren, antes de comenzada la revolución. Diego Barros ocupó largamente algunas de ellas: Lucas Alamán, para México; José Manuel Restrepo, en Colombia; Luis L. Domínguez y especialmente las obras de Bartolomé Mitre para Argentina; Rafael María Baralt, en Venezuela; José Ignacio Abreu y Lima, y Varnhagen, para Brasil.

B. Los llamados informes y libros de viajeros habían sido lecturas favoritas de Diego Barros en su juventud. Algunos de ellos ofrecen un magnífico material de noticias para los temas de la administración española y estado de las Indias en los últimos años del siglo XVIII. En el *Compendio* aparecen especialmente los libros de F. Depons, Tomás Gage, Jorge Juan y Antonio Ulloa, y J. Ampère. No contamos entre los viajeros las obras de Alejandro de Humboldt, que, como los *Ensayos políticos sobre la Nueva España*, sobre Cuba, etc., son empleados con mucha frecuencia.

C. Imprescindible era emplear como fuentes las principales obras y recopilaciones de los juristas indianos. Diego Barros no las ocupa todas ni mucho menos, pero sí las más importantes y especialmente claras dentro de la frondosidad de la organización colonial; en el *Compen-*

dio cita a Veitia y Linaje, Norte y *Contratación de las Indias Occidentales*; *Política Indiana*, de Solórzano Pereira; la *Recopilación de Leyes de Indias*; y algunas ordenanzas y documentos legislativos publicados en las *Colecciones* antes mencionadas. Respecto a estas últimas, agrega, *Colección de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos de los estados de la América latina, desde el año de 1493 hasta nuestros días*, por Carlos Calvo, y la *Biblioteca del Comercio del Plata*.

D. En este punto hemos querido enunciar tres tipos diferentes de fuentes a que Diego Barros recurrió profusamente, todas del siglo XVIII y fundamentales para conocer la realidad de la América preindependiente. Primeramente, algunas obras de carácter geográfico, que se detuvieron largamente en el aspecto administrativo y económico de las regiones que describían; Diego Barros ocupa la de José Antonio Villa-Señor, *Teatro americano, descripción general de los reinos y provincias de Nueva España. Descripciones geográficas*, de Cosme Bueno. *Le Bresil dans l'Univers pittoresque*, de Ferdinand Denis. *Corographia brasílica*, de Ayres de Cazol.

El movimiento de la Ilustración, conectado con el despotismo ilustrado, y más tarde los primeros desacuerdos entre España y sus posiciones ultramarinas produjeron otro tipo de literatura histórica que podríamos denominar de ensayo, en lo político, económico y social; en ellos en el *Compendio* encontramos algunos escritos de Campomanes, las *Memorias históricas sobre la legislación y gobierno del comercio de los españoles con sus colonias*, de Rafael Antúnez y Acevedo. *Teoría y práctica del comercio marino*, de Jerónimo Uztáriz. *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España*, por Alvaro Flores Estrada.

A fines del siglo XVIII, el creciente incremento de la industria y el comercio en América española, acompañado con el gran interés de tener noticias ciertas no sólo de las otras colonias, sino de Europa, dió lugar al apareamiento de las llamadas guías y gacetas, que han resultado ahora un valioso material histórico. De las guías Diego Barros ocupó dos; las *Guías del virreynato del Perú*, que publicara José Hipólito Unánue, y las *Guías del virreinato de Buenos Aires*, de Diego de la Vega.

La parte cuarta y última está dedicada al proceso de la independencia de cada país, desde los primeros fermentos hasta su fin. Las tendencias históricas de la época y sus propios intereses científicos, de que ya hemos hablado, hacen que Diego Barros se refiera en ella exclusivamente a los acontecimientos políticos y a las campañas militares; por otra parte, aunque no hubiesen sido esas sus intenciones, la escasez de trabajos elaborados sobre los otros temas, lo habrían obligado a tratar sólo esos aspectos.

El *Compendio* recobra, en esta parte, la soltura e interés que había perdido en la precedente; Barros Arana se mueve ahora en materias que le son muy gratas y que, en general, conoce a fondo. Creemos que, con los alcances anotados, la parte que comentamos, es una de las mejores síntesis de la independencia que conocemos, teniendo aun el mérito de haber sido la primera aparecida en que tal tema se desarrolle seriamente, en forma completa e imparcial.

La bibliografía empleada en la parte cuarta del *Compendio* es tan nutrida como las anteriores; el empleo de los documentos primeros, de los testimonios directos, adquiere fundamental importancia. Por lo general, el autor prefiere apartarse de los textos escritos por los historiadores contemporáneos, como ocurrió también a menudo en la parte segunda, y hacer una rápida, pero certera investigación en las fuentes que tenía a la mano.

Las obras modernas que el autor tuvo a la vista para redactar la parte cuarta pueden clasificarse en cuatro rubros diferentes:

A. Las historias nacionales, que son sustancialmente las mismas enunciadas anteriormente.

B. Biografías de los próceres de la independencia, cuyo uso excesivo hace decaer la calidad histórica de algunos capítulos, especialmente en el capítulo I, referente a los Estados Unidos de Norte América, donde usa latamente las biografías de George Wáshington de Irving; Marshall y Spark; y la de Cornelis de Witt. Otras citadas frecuentemente son las de Bartolomé Mitre y de James Biggs sobre el general Miranda, de 1808.

C. Monografías y ensayos que se refieren específicamente a la independencia de algún país o a un episodio de ella. Desde este punto de vista son importantes, de Gabriel Ferry, *Expedition de Mi-*

na. Carlos Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana*. Manuel José Cortés, *Ensayo sobre la historia de Bolivia*. Benjamín Vicuña Mackenna, *La revolución de la independencia del Perú desde 1810 a 1820*. Valentín Ledesma, *Ensayo histórico de las operaciones del ejército libertador del Perú en la campaña de 1824*. Santiago Arcos, *La Plata, étude historique*. Andrés García Camba, *Apuntes para la historia de la revolución del Perú*, y *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. John Miller, *Memoirs of general Miller in the service of the republic of Peru*.

D. Algunas obras de historia de Europa, que son acertadamente empleadas para establecer la necesaria conexión de la independencia con la política cambiante de las potencias europeas. Las más importantes por su uso frecuente son: la *Histoire d'Angleterre*, de Bonnechese. *Historia de Carlos III*, por Ferrer del Río. *Historia de España*, de Lafuente. *La España bajo el reinado de la Casa de Borbón*, William Coxe. *Histoire de Napoléon I*, de P. Lanfrey. *Histoire du XIX siècle*, por G. Gervinus.

Las fuentes documentales, que tanta importancia alcanzan en esta parte del *Compendio* están casi totalmente representadas por las *memorias* de muchos generales americanos y europeos que actuaron en la revolución, así como de otros personajes importantes que forman parte del mundo político o cultural de la época. Podríamos decir, sin exagerar, que Diego Barros las conoció todas, las leyó y las ocupó todas. Otro tipo de documentos era difícil de conseguir en la época, sin embargo, pudo contar con un buen número impresos en colecciones, como la de Pedro de Angelis ya citada, o la *Colección de memorias y documentos para la historia y la geografía de los pueblos del Río de la Plata*, publicada por Andrés Lamas. Teniendo a la vista los impresos antiguos, como el *Manifiesto* de José de la Riva Agüero y el del virrey Pezuela; o colecciones de periódicos de la época, tales como la gaceta de Lima, de Buenos Aires, la imperial de México, etc., pudo escribir algunos de los capítulos más acertados del *Compendio*. Algunos de los documentos empleados fueron, en fin, manuscritos consultados por él en los archivos europeos o americanos, entre otros, algunos referentes al virrey Abascal y a San Martín.

Esta breve reseña de la bibliografía fundamental empleada por Diego Barros en el *Compendio* hace sobrar todo elogio particular, el esfuerzo desarrollado para escribir tan importante obra es increíble y presupone un extraordinario conocimiento previo. Varios años después, en 1902, cuando el autor redactaba la *Conclusión* del último tomo de su *Historia General*, decía, "Había debido dar entonces principio a la preparación de esta *Historia*, ya que podía considerar terminada la recolección de materiales que había emprendido con tanto empeño. No me fué, sin embargo, posible hacerlo, llamado por el gobierno de Chile a tomar una parte importante en la dirección de la enseñanza pública, me vi forzado a dejar en cierto modo de mano mis trabajos históricos, para consagrarme principalmente a tareas de otro orden, que exigían una atención constante. Para servir a la instrucción pública, trabajé varios textos elementales, cuya preparación me impulsó ordinariamente un grande estudio. Uno de esos textos fué un Compendio de historia general de América, materia sobre la cual no existía un sólo libro completo, pues únicamente circulaban textos elementales que revelaban en sus autores una ignorancia casi increíble. Aunque yo había hecho una de mis lecturas favoritas de la historia general de América, esto es, de las obras más útiles sobre cada sección de este continente, y aunque tenía a mano todos esos libros y los documentos más importantes referentes a ellas, la preparación de aquel compendio me costó una labor tan considerable como la que habría debido emplear en la preparación de una historia mucho más extensa. En compensación, esa tarea me sirvió para reconcentrar y coordinar conocimientos separados que había adquirido sobre la materia; y esa coordinación me fué de la mayor utilidad desde que comencé a preparar mi *Historia de Chile*"²⁹.

Los mayores enemigos del *Compendio* fueron, sin duda, la falta de obras especializadas contemporáneas y la premura con que fué trabajado. Sobre lo último le escribía Diego Barros a su amigo Mitre, el 12 de julio de 1864: "Actualmente estoy componiendo una *Historia de América* para la enseñanza, que formará un volumen de 600 páginas en 8º y de tipo me-

nudo. Voy en la conquista de México, y a fines de agosto habré terminado las dos primeras partes, que están destinadas a la América indígena y a la conquista. Con cuatro meses más de trabajo haré las otras dos, colonia e independencia. En septiembre comenzaré a imprimir, y tendré cuidado de remitir a Ud. por partes este trabajo. No me lisonjeo con la esperanza de hacer una obra notable; pero será un compendio claro lleno de hechos y útil para los colegios americanos"³⁰.

Estos dos inconvenientes lo hicieron emplear, en alguna ocasión, libros que no se recomendaban por su poca seriedad y ligereza, muchos de los cuales han sido totalmente olvidados por los especialistas actuales, en algunos casos el mismo Diego Barros reconoció su error, como en el que incurrió al darle demasiada importancia a las obras de Brasseur de Bourbourg, a quien le dirige una severa crítica a propósito de su *Gramática Quichua*.

Fácil es de imaginar el éxito que entre profesores y estudiosos alcanzó el *Compendio*, aunque en un comienzo circuló poco en el extranjero. Para citar un ejemplo, uno de sus mayores admiradores fué el literato argentino José María Gutiérrez; en una carta dirigida a Diego Barros el año 1865, le dice: "Su compendio es un trabajo que le hace mucho honor al autor, sumamente útil para la juventud americana, y es lástima que no pueda circular abundantemente: aquí apenas es conocido de media docena de personas relacionadas con Chile. ¿Por qué no se reimprime en Europa o en Estados Unidos? Creo que si allí se llegara a conocer, le traducirían a los idiomas más generalizados, porque no existe en esas lenguas un libro que pueda comparársele, así como creo que Ud. es la única persona que está preparada para trazar, como lo ha hecho, con notable unidad y armonía, un cuadro tan vasto, tan variado y tan novedoso aún hoy de muchos de sus personajes y lugares"³¹. Cuatro años más tarde insiste en su traducción, diciendo que si estuviese traducida al francés "Ahorraría, aún a los más instruidos de Europa, los muchos contrasentidos en que incurren cuando se entrometen a referir o a juzgar hechos relativos al Nuevo Mun-

²⁹ *Historia General de Chile*, T. XVI, p. 377.

³⁰ *Archivo del General Mitre*, T. XX, p. 25.

³¹ *A través de una correspondencia*, p. 163.

do" ³². En 1874 sigue sus alabanzas agregando, "en él, Ud. no deja problema alguno por resolver, y para hallar su verdadera solución ha ocurrido Ud. a las fuentes" ³³. La idea de la traducción del *Compendio* entusiasmó de tal modo a Gutiérrez, que convenció a su amigo Alexis Peyret, profesor de historia en el Colegio Nacional del Uruguay, para que, junto a Félix Casamayor emprendieran su traducción al francés. No sabemos qué suerte corrió tal empresa.

Para la docencia, más que el *Compendio*, se utilizó el *Compendio elemental de historia de América*, que escribiera simultáneamente con el primero el mismo Diego Barros, por los motivos que explica: "Mi *Compendio de historia de América* fué publicado en 1865-6, y formaba dos nutridos volúmenes. Creyéndolo demasiado extenso para texto elemental, pero útil para la lectura y preparación de los profesores del ramo, hice, sobre el mismo plan y con igual distribución de materias, un libro más abreviado en un solo volumen, que hasta hoy sigue sirviendo en la enseñanza. En alguna de las otras Repúblicas hispanoamericanas, se adoptó el uso de este libro con el mismo objeto y de ahí proviene que haya sido reimpresso varias veces en el extranjero" ³⁴. El *Compendio elemental*, en efecto, ha tenido 4 ediciones, Santiago, 1865, Buenos Aires, 1881, Santiago, 1894 y 1907. El *Compendio*, en cambio, ha tenido sólo tres: Santiago, 1865; Buenos Aires, 1904, y ocupando los tomos I y II de sus *Obras Completas*, en 1908.

Artículos de carácter bibliográfico. El *Compendio* significó la cúspide de la carrera americanista de Diego Barros, después de él, la preocupación de importantes cargos públicos y la elaboración de la obra maestra, la *Historia General de Chile*, pasión de su vida, no le permitieron emprender la ejecución de otro gran libro en el inmenso campo de la historia americana. Pero su actividad inagotable y su constante inquietud espiritual lo llevaron a escribir una serie de pequeños trabajos, que publicó en diversos años y sobre diferentes materias; de ellos los que se refieren específicamente a la historia de otros países americanos los hemos agrupa-

do bajo cuatro diferentes nominaciones, para facilitar una rápida descripción.

Los artículos de carácter bibliográfico corresponden, en su mayor parte, al deseo de divulgar algunos libros útiles y poco conocidos, que iban apareciendo en otros países americanos; otras veces son sencillamente comentarios críticos, generalmente muy acertados, y muchas veces de libros que había tenido que emplear en el *Compendio* o en otra de sus obras.

El año 1866 publicó en los *Anales de la Universidad de Chile*, La Plata, *étude historique*, por Santiago Arcos. El año 1872, en la *Revista de Santiago*, *Un diccionario biográfico americano*, comentario al *Dictionnaire of american biography* de Francis S. Drake; en la misma *Revista*, *Apuntes para la historia del arte de imprimir en América*. Además, *Una nueva historia de América*, comentario al *Compendio* de J. Meza y Leompart.

El año siguiente escribió, *Noticias acerca de un libro curioso sobre la historia del descubrimiento de América*; *La Crónica del Perú*, por Pedro Cieza de León, y la *Introducción a la Conquista y población del Perú* por Cristóbal de Molina. La intención de Diego Barros, al publicar este artículo, fué iniciar con él una *Colección de documentos inéditos relativos a la historia de América*; pero, la desaparición de la *Revista de Sud América*, donde pensaba imprimirla, frustró su aspiración.

Hasta el año 1880 su trabajo de mantener al día al público estudioso de las novedades aparecidas en otros países, se concentró exclusivamente en la *Revista Chilena*, periódico mensual del que aparecieron 17 tomos. Sólo publicó, fuera de la *Revista*, un pequeño artículo intitulado *Sobre la Biblioteca Americana*, por Mr. Leclerc, que dió a luz el año 1879.

El año 1881 reanuda su labor con *Algunos libros recientes sobre historia de América*. Y el año siguiente publica en los *Anales* un importante trabajo en que se destaca entre los precursores de la ciencia bibliográfica en Chile, se trata de *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimos sobre la historia, la geografía y la literatura de América* ³⁵. El origen de este útil trabajo lo narra el mismo autor en una carta a Bartolomé Mitre, fechada en Santiago el 1º de agosto de

³² Id., p. 201.

³³ Ibid., p. 203. Carta de Gutiérrez a Barros Arana. Buenos Aires, 30 de noviembre de 1874.

³⁴ *Historia General de Chile*, T. XVI, p. 377, cita 15.

³⁵ Interesante es la categoría que le da a esta obra José Zamudio en *Medina y la bibliografía*. Ed. Nascimento, Santiago, 1952.

1881, "Desde años atrás, dice Diego Barros, había tomado apuntes sobre escritos anónimos relativos a la historia, la geografía y la literatura de América. El mes último me he entretenido en poner en orden esos apuntes, y destinado a cada libro un cartón, he completado 380 cédulas, y tengo material para 120 más"³⁶.

En 1883 editó en los *Anales, Bibliografía americana. Obras de Mr. Bancroft y Mr. Brinton*, siendo éste el último artículo de carácter bibliográfico que interesa a la historia de América propiamente tal.

Artículos necrológicos y notas biográficas. En los *Anales de la Universidad*, el año 1869 comenzó Diego Barros este tipo de artículos, que con ligeras variantes y títulos continuó toda su vida. El mismo nos explica su intención al escribirlos: "Bajo este título nos proponemos dar algunas noticias acerca de aquellos personajes americanos cuya muerte llegue a nuestros oídos. En nuestra fúnebre revista no entrarán sólo los hombres distinguidos que nacieron en América. Nos ocuparemos también de los europeos que hayan figurado en el Nuevo Mundo, que hayan viajado en él o que hayan escrito sobre su geografía o sobre su historia. Nuestras noticias serán breves y sumarias; pero contendrán siempre los datos más importantes acerca de la vida de cada personaje, y la enumeración, tan prolija como sea posible, de las obras de aquellos que se han ilustrado como escritores. Aunque estos apuntes son hechos sin pretensiones de ninguna naturaleza, debemos declarar que ellos no son tomados de las compilaciones biográficas que están al alcance de todo el mundo. Consultaremos esas compilaciones cada vez que puedan suministrarlos algunos hechos; pero cuidaremos de que nuestras necrologías sean más completas que las noticias que aquéllas contienen"³⁷. Fuera del mencionado, no aparecieron más que cinco artículos de este tipo, bajo el nombre de *Necrología americana*, entre los años 1875 y 1876, en la *Revista Chilena*. Los artículos necrológicos fueron dedicados a Florentino González, Juan Federico de Waldec, Santiago Arcos, Brasseur de Bourbourg, Felipe Larrazábal, José Antonio Maitin, F. Roulin, Francisco de Paula González Vigil, José María la Fragua y José Gregorio Paz Soldán.

Otra serie, esta vez de índole puramente biográfico, que intituló *Historiadores de América*, apareció en la *Revista de Santiago*, dedicada a Juan Manuel Pereira de Silva, Mariano Torrente, y don Antonio González de Barcia. En la misma revista publicó, el año 1873, *Notas biográficas acerca de algunos de los generales españoles que combatieron contra la independencia de América*. Del mismo carácter son: *El historiador argentino don Bartolomé Mitre*, y las *Noticias biográficas sobre don José de Moraleda y Montero*, impreso en 1888, como introducción a las *Exploraciones hidrográficas*, por Moraleda, en el tomo XIII del *Anuario hidrográfico*.

Artículos sobre Cristóbal Colón e historia de los descubrimientos. El gran interés y preocupación que encontraba Diego Barros en la historia de los descubrimientos geográficos, se había expresado especialmente en la *Vida y viajes de Magallanes* y en la parte correspondiente del *Compendio*. El tema siguió preocupándolo en los años siguientes, en primer lugar en torno a Cristóbal Colón, sobre el cual escribió, por orden de aparición los siguientes artículos: *Notas bibliográficas sobre los poemas a que ha dado origen Cristóbal Colón*, 1873. *El proyecto de canonizar a Cristóbal Colón*, 1873. A propósito del cuarto centenario del descubrimiento de América, dió el año 1892 para publicar en los *Anales*, *La primera biografía y el primer biógrafo de Cristóbal Colón*, y *Algunas palabras sobre la historia de la geografía, a propósito del descubrimiento de América*. Al año siguiente, 1893, *Anotaciones a la vida y viajes de Cristóbal Colón*, por Washington Irving, al publicarse en Valparaíso, en la Imprenta La Patria, el hermoso libro de este historiador.

De la misma orientación son: *Juan Sebastián Cabot, según las últimas investigaciones históricas*, 1875; la *Introducción crítica al Viaje de Enrique Brower a las costas de Chile*, y *Las últimas exploraciones geográficas en América, los viajes, de M. Wiener en el Perú*, *Revista Chilena*, 1879.

Otros trabajos referentes a historia de América. Los títulos que queremos encerrar aquí no resisten una clasificación general de temas. Son una muestra del interés de Diego Barros por esta rama de la historia, que, unido a su increíble amplitud e inquietud de espíritu, lo lleva-

³⁶ Archivo del General Mitre, T. XX, p. 90.

³⁷ *Obras Completas de Diego Barros Arana*, T. XI, p. 149.

ron a abordar con éxito las más variadas materias del campo intelectual.

El año 1875 publicó en la *Revista Chilena*, en dos entregas, un curioso e interesante estudio intitulado, *El clero en la revolución de la independencia americana*, aún fundamental para la comprensión de la revolución. El mismo año, en el mismo periódico, un pequeño artículo de los muchos que pudo sacar como sobra de sus investigaciones de fondo, *La desobediencia del general San Martín*. Por último, en 1893, entregó a las prensas de los *Anales de la Universidad*, un estudio histórico-bibliográfico, en colaboración de Rodolfo Lenz, *La lingüística americana. Su historia y su estado actual*. Al final de esta obra se lee: "Este estudio, como se ve, está

dividido en dos partes: La primera, que pasa en rápida revista los antiguos trabajos de lingüística americana hasta principios de nuestro siglo, esto es, hasta la publicación de la obra del abate Hervas, ha sido escrita por don Diego Barros Arana, y no tiene más objeto que dar una idea general de esos ensayos, que sirva de introducción al estudio más especial de don Rodolfo Lenz, que forma la segunda parte de este estudio"³⁸. El gran historiador de América no podía dejar de dar el espaldarazo a la nueva ciencia que, fuera de adquirir rango propio, es tan útil a la historia de América.

³⁸ *Anales de la Universidad de Chile*, T. LXXXIV, p. 985.